

## INTOLERANCIA Y RELIGIÓN

Texto publicado en *La Nouvelle Revue d'histoire*

**Alain de Benoist**

*Traducción de José Antonio Hernández García*

En su libro titulado *Qu'est-ce qu'une vie réussie?*, Luc Ferry escribe:

A quienes deploran el debilitamiento de las religiones, hay que decirles cómo, bajo sus formas tradicionales al menos, continúan todavía hoy día estando en el origen de la casi totalidad de las guerras y los conflictos que ensangrientan el planeta.

En boca del Ministro de Educación Nacional, dichos propósitos sorprenden al menos por dos razones. La primera es que la mayoría de las guerras – comenzando por las dos guerras mundiales que conoció el siglo XX– no tuvieron causas religiosas. La segunda es que Luc Ferry visiblemente agrupa bajo el término genérico de «religiones» creencias de naturaleza muy diferente, e incluso opuesta.

Lo que en efecto llama la atención cuando se estudia a las más antiguas religiones de Europa –las religiones paganas– es precisamente que ignoran cualquier forma de intolerancia propiamente religiosa. Son religiones politeístas a las que se adhieren los pueblos sin siquiera imaginar por un instante que deben recriminar a los otros pueblos o sacrificar a las otras divinidades. Estas religiones son ajenas al fanatismo, ignoran la persecución religiosa, la cruzada contra los «infieles» o los «no creyentes» y la guerra en nombre de Dios. Ortopráticas más que ortodoxas, igualmente ignoran las nociones de dogma, de cisma o de herejía.

El imperio romano siempre respetó las creencias locales, así como los usos jurídicos de los pueblos sometidos. Si se opuso a los druidas –durante la

conquista romana— y después a los cristianos, era por razones estrictamente políticas: a los primeros, los romanos recriminaban haber galvanizado la resistencia gala; a los segundos, el ser malos ciudadanos. En cuanto a los griegos, ellos llegaron a mantener un culto al «dios desconocido».

La misma tolerancia se encuentra en las religiones de alcance universal, como sucede en las religiones asiáticas. En el curso de su historia, el budismo casi no fue misionero. El hinduismo tradicional ignora igualmente el proselitismo; al profesar que Dios está presente en cada forma del universo, hace de la tolerancia hacia el Otro un deber y no una concesión. Los japoneses jamás buscaron exportar el shintoísmo, así como tampoco Atenas buscó imponer a Esparta el culto a Atenea.

La intolerancia religiosa, generadora de guerras emprendidas en nombre de la fe, sólo aparece en la historia de la humanidad en un contexto muy preciso: con el nacimiento del monoteísmo.

En su origen, el monoteísmo no es más que una monolatría: para los primeros hebreos, Yahvé es sólo un dios nacional junto a los dioses protectores de los pueblos vecinos. En las versiones más antiguas de la Torá, redactadas en el siglo VIII antes de nuestra era, *élohim* es un plural: Yahvé sólo es el *el* o *éloah* de los israelitas, un *el* al que estos últimos colocan por encima de los otros. Esto es lo que afirma Moisés: «¿Quién como Tú, Yahvé, entre los dioses? ¿Quién como Tú, glorioso y santo, terrible en tus hazañas, autor de maravillas?» (Éxodo 15,11). Yahvé mismo no niega la existencia de otros dioses. Solamente prohíbe que se postren ante ellos, pues él es un dios «celoso» (*qana*) (Deut. 5,9 y 6,14-15, Éxodo 20,5). Su nombre mismo es Celoso (Éxodo 34,14).

La idea propiamente monoteísta no comienza a manifestarse más que hacia el final del Exilio, en un profeta desconocido al que se ha denominado el

Segundo Isaías. Formulada en plenitud, esta idea implica la existencia de un Dios universal, de un Dios único en el doble sentido del término: sin rival y, a la vez, Todo lo Otro. A partir de allí la regla es clara: «Fuera del monoteísmo no hay salvación».

La más célebre de las «Diez Palabras» (o «Diez mandamientos»), «No matarás», no es, para nada, un imperativo moral absoluto que proclamaría que cualquier vida humana es sagrada. Sólo es sagrada la vida del creyente ortodoxo. La prueba es que Moisés, apenas descendió de la montaña en que Dios le había confiado el Decálogo, se dispone a dar muerte a 3 000 ídólatras (Éxodo 32,28). «No matarás» llega además en la séptima posición en las tablas de la Ley. La primera prescripción, que es la que manda a las demás, es: «No tendrás otros dioses (*élohim*) fuera de mí» (Éxodo 20,3).

Este primer mandamiento funda una Alianza (*B rith*), un contrato de exclusividad entre Yahvé y su pueblo. El espacio sagrado de los hebreos es estructurado ante todo de acuerdo con lo alto y lo bajo; dicha alianza eleva al pueblo judío. En relación a otros pueblos, sujeta a los deberes pero también confiere derechos. Construye una «nación de sacerdotes» destinada a guiar a la humanidad hacia un mundo más «justo». El etnocentrismo se expande aquí en universalismo.

Los pueblos ídólatras son entonces consagrados al «*hérem*», término que designa tanto la exclusión como su erradicación. Dios pide a los hebreos exterminar a los ídólatras (Deut; 7,1-6 y 20,10-13); los hebreos, por su lado, piden a Dios que haga perecer a sus adversarios. Desde entonces, los impíos pueden y deben ser exterminados. Yahvé declara a su pueblo: «Entregaré sus reyes en tus manos para que borres sus nombres de debajo del cielo; nadie podrá resistir ante ti hasta que los hayas destruído» (Deut. 7, 24).

«Las (otras) naciones, los *goim* –escribe Jean Soler– representan el mal

por la única razón de que son los otros»\*. Allí se encuentra la raíz de la alterofobia, vinculada a la obsesión por los mestizajes (empezando por los matrimonios mixtos, cfr. Esdras 10): el Otro es «impuro». Sea extranjero o simplemente una desviación, el mal es la alteridad. Y el único medio para triunfar sobre el mal es extirpar las raíces mismas.

Después de haber ordenado la masacre de los madianitas, Moisés regaña a los hebreos por haber dejado con vida a las mujeres y hacer matar, a su vez, a sus hijos de sexo masculino (Números 31, 15-17). Continúa posteriormente una serie casi ininterrumpida de masacres. Después de los madianitas, será el turno de los hititas, los guirgasitas, los amorreos, los cananeos, los perizitas, los jivitas, los jebuseos, los filisteos, los moabitas. Genocidios y limpiezas étnicas son perpetradas por los hebreos, resueltos a hacer pagar a los idólatras «el salario de la venganza de Yahvé» (Números 31,3).

Jehú, David y Saúl hicieron correr ríos de sangre. Josué destruyó Jericó: «Y destruyeron cualquier anatema (*hérem*) que en la ciudad había; hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes, y ovejas, y asnos, a filo de espada» (Josué, 6-21). Lo mismo sucedió en todo el país: «No dejó sobrevivientes, sino que lanzó el anatema sobre todo ser viviente como lo había ordenado Yahvé, el Dios de Israel» (Josué 10,40).

El judaísmo histórico jamás renunciará a combatir la «idolatría» (*avoda zara*). No será, sin embargo, prosélito de una manera negativa: las conversiones serán desalentadas, pero las «naciones» deberán someterse a las siete leyes de Noé que ordenaban el repudio a los otros cultos.

El islam, que igualmente proviene del monoteísmo bíblico (por intermedio de las comunidades judeo-cristianas de los primeros siglos), por su parte ostentará un universalismo intransigente y misionero, y jamás desdeñará

recurrir a la fuerza para ganar nuevos adeptos.

Con el cristianismo la perspectiva se transforma. La unidad fundamental de la especie humana siempre se proclamó con fuerza, pero ya no existe más el pueblo elegido: es en pie de igualdad que Dios llama hacia sí a todos los hombres. Respecto del judaísmo, el cristianismo representa la universalización del «*nous*». El amor (*agapé*) prevalece sobre la Ley, el perdón se vuelve un valor, a veces en detrimento de la «justicia» en la forma en que la comprende la Torá.

La conversión se vuelve entonces la noción clave. En buena teología, el no cristiano jamás puede gozar más que de una dignidad imperfecta. La tolerancia es, en el mejor de los casos, un compromiso provisional, una paciencia que llegará su fin. Desde una perspectiva escatológica, la coexistencia del Bien y el Mal, de la Verdad y el Error, resulta, ultimadamente, imposible. Sólo el Bien tiene, teológicamente, el derecho a existir. Para gozar de una dignidad perfecta, el «idólatra» (o el «pagano») debe, pues, abandonar sus creencias específicas de origen, para adoptar una identidad que se considera correspondiente a la Verdad y al Bien absolutos. En la Iglesia universal, las diferencias de fe deben ceder su lugar a lo Mismo. Al ser herederos de los apóstoles, los misioneros se dedican a ello, con el riesgo de aculturar a todos los pueblos del mundo bajo un modelo particular de civilización.

AL mismo tiempo, la teología adquiere una forma dogmática. Contrariamente al comentario talmúdico, el dogma se cree unívoco, proporcionando nuevamente motivos de exclusión. Paralelamente a las «cruzadas» externas (en Tierra santa) o internas (contre los albigenses), la denuncia de los cismas y las herejías justificará de nuevo las masacres. La guerra «justa» es, ante todo, una guerra justificada moralmente. Librada en

nombre del Bien, transforma al adversario en figura del Mal, es decir, en enemigo absoluto. De allí el carácter despiadado de las «guerras religiosas». La Inquisición misma se volverá juez del fuero interno, o sea, de los pensamientos y de sus motivos últimos.

No hay que olvidar, sin embargo –como recientemente lo decía Régis Debray– que «lo religioso es, simultáneamente, lo que permite a los hombres vivir, amar y dar y lo que los impulsa a odiar, matar y tomar». Tal ambivalencia le es inherente. Por más sagrados que puedan ser los textos fundacionales, toda la fe es inseparable de una hermenéutica. Ninguno se reduce a la interpretación que quieran darle los adeptos del fundamentalismo o del literalismo. (La *yihad*, que designa a la «guerra santa» en el islam clásico, significa «esfuerzo sobre sí mismo» en la mística sufí). Por añadidura, no faltan las contradicciones que aparecen en estos textos sagrados. Jesús parece predicar la no violencia cuando dice: «Felices los que trabajan por la paz» (Mateo 5,9), pero también proclama: «¿Creen ustedes que he venido para establecer la paz en la tierra? Les digo que no; más bien he venido a traer división» (Lucas 12,51). Es la misma Iglesia de la que son tributarios Torquemada y Francisco de Asís, los papas incestuosos del Renacimiento y la Madre Teresa.

\* Jean Soler, *L'invention du monothéisme*, París, de Fallois, 2002, p. 59.